



Revista de Artes y Humanidades UNICA
Año 5 N° 10 / Mayo - Agosto 2004, pp. 42-56
Universidad Católica Cecilio Acosta • ISSN: 1317-102X

Marx, la historia y la dinámica social

ALARCÓN PUENTES, Johnny

*Universidad del Zulia. Facultad Experimental de Ciencias.
Departamento de Ciencias Humanas. Unidad de Antropología.
alarconpuentes@hotmail.com*

Resumen

Se analiza la perspectiva histórica y la dinámica social en el pensamiento de Marx. Se somete a una re-interpretación la noción unilineal de la historia, el método dialéctico y la concepción de transformación en Marx. Para ello se parte de un planteamiento teórico fundamentado en la crítica como vía para re-evaluar los aportes de Marx a la luz de las nuevas dinámicas de cambios que se construyen en el mundo y se concluye que lo fundamental de la teoría elaborada por Marx se mantiene vigente, a pesar de las críticas y las desviaciones prácticas producto de interpretaciones y aplicaciones de sus seguidores.

Palabras clave: Marx, historia, dinámica social, capitalismo, Estado.

Marx, History and Social Dynamics

Abstract

Marx's historical perspective and social dynamic are analyzed. The non-linear notion of history is re-interpreted, as well as the dialectic method and the Marxist conception of transformation. In order to do this a theoretical proposal that is based on criticism as the path for a re-evaluation of Marxist theory on the concept of transformation is proposed, and the conclusion is that the fundamental theory elaborated by Marx is still valid, even when the critics and the practical deviations of interpretations and applications by his followers exist.

Key words: Marx, history, social dynamic, capitalism, state.

1. Introducción

En estos momentos, cuando desde hace más de una década se habla de muerte del marxismo, se presenta la mejor oportunidad para sistematizar algunas ideas en torno a este debate. El propósito es re-abrir la discusión sobre el origen del Estado y su evolución, y contribuir a desmitificar algunas tergiversaciones que se han hecho del marxismo, por lo que se ha recurrido directamente a los autores clásicos sin que ello implique incurrir en dogmatismos de ningún tipo.

El trabajo se divide en cuatro partes. La primera trata del origen del estado, es decir, de la disolución de las comunidades primarias. En segundo término, se analiza la evolución de las sociedades de clase. La tercera parte consta de las características del estado capitalista como producto histórico y su posible transformación. Por último, se construye una reflexión relacionada con los alcances del marxismo en la actualidad.

A partir de los múltiples cuestionamientos que hoy se le hacen al marxismo, habría que concluir que esta teoría está agotada. Pero, si se analiza con detenimiento se observa que todas las críticas que Marx le hizo al capitalismo se mantienen vigentes, con las características propias de la evolución que opera todo modo de producción. El marxismo no está agotado. Está vivo, esperando que se le re-defina a luz de los nuevos acontecimientos mundiales. Desde esta posición teórica e histórica se abordó el siguiente artículo.

2. Marx y el movimiento histórico

En el texto de las sociedades precapitalistas, Marx estudia las sociedades existentes antes del capitalismo, estableciendo las características del modo de producción, las relaciones de producción y los medios de producción concatenados con la propiedad. Las formas que analiza son las siguientes: tribal comunal, asiática, antigua y esclavista (en sus variantes) y la feudal. Desentraña la forma que tiene cada una de ellas, y cómo los individuos se relacionan entre sí y el papel que juegan en la estructura social. Por ejemplo,

en el modelo asiático se establece una unidad aglutinante (Estado) que se halla por encima de las pequeñas comunidades y aparece como el único propietario, con las comunidades como poseedoras hereditarias sin propiedad individual. El tributo sustenta al Estado y, a la vez, reproduce las condiciones sociales que mantienen a la burocracia estatal como sector dominante.

En las sociedades antiguas las relaciones se objetivan de diferente manera. Por un lado, existe la ciudad como unidad primordial del Estado, basada en la propiedad territorial y en la agricultura; es decir, ciudad-campo como un todo. Aquí el eje fundamental de la producción es la mano de obra esclava. Es muy distinto al modelo germánico en el cual la familia forma una unidad independiente. En el mundo antiguo ya existe la propiedad individual y la del dominio público del Estado.

En la sociedad feudal las condiciones generales de producción son generalmente agrícolas, con el siervo de la gleba como agente despojado de la propiedad, pero sometido al trabajo que le proporciona los medios de consumo. En la esclavitud, el feudalismo y hasta en el modelo asiático, el trabajador no trabaja para sí mismo; por el contrario, hay una instancia superior que media en esa relación, ya sea el Estado o la comunidad.

Por último, Marx analiza las formas que ha tomado el capital, en el transcurrir histórico y cómo llegó a dominar la estructura social al disolver la sociedad feudal. Cuando pasa a ser el motor fundamental de la sociedad capitalista, engendra por un lado al trabajador asalariado y, por el otro, al capitalista que se reproduce a sí mismo, enajenando el trabajo excedentario del obrero, pues para él lo importante no es el trabajador sino el resultado productivo que, en todo caso, en cualquier momento, puede prescindir del obrero si el trabajo es realizado por una máquina (Marx, 1975).

Han surgido muchos clisés en relación con este esquema de evolución expuesto por Marx. Ha sido acusado de eurocéntrico, etapista, unilineal y mecánico. No es posible negar que tenga los vicios propios de la época; pero se vislumbra una visión más amplia y una propuesta multilineal y dinámica del desarrollo históri-

co. Hay que situarse en la disyuntiva en la cual se vio Marx al elaborar un modelo teórico que le facilitara el análisis del desarrollo social. El modelo que elabora parte del materialismo histórico y en algunos escritos toma un carácter unilineal. Tal es el caso del prólogo de la **Contribución a la crítica de la Economía Política**¹, en el cual expone que, “A grandes rasgos, el modo de producción asiático, el antiguo, el feudal y el burgués moderno pueden designarse como épocas de progreso en la formación social económica” (Marx, 1989:7).

Pareciera que Marx estuviese de acuerdo con la universalidad² de esa propuesta. Otros escritos se alejan de esa posición como los de la Comuna Rusa y los de las sociedades asiáticas. Marx, en una carta a Zapiski plantea que era “honrarlo e injuriarlo demasiado a la vez transformar su esbozo de génesis del capitalismo en una teoría histórico–filosófica de la marcha general fatalmente impuesta a todos los pueblos, cualquiera que sea la situación histórica en que se encuentren” (Marx, 1979:258). También dice, refiriéndose al capitalismo, que ha “restringido, pues, expresamente la ‘fatalidad histórica’ de ese movimiento a los países de Europa occidental” (Marx, 1980a:31). Con esto, Marx abre el compás de análisis y la posibilidad de existencia de varias vías de evolución desde la sociedad primaria hacia la sociedad de clases y con Estado.

3. Estado capitalista y transformación

El modelo capitalista no lleva una secuencia lineal de aparición en todos los países. Es un lento proceso en el cual va destruyendo las antiguas estructuras ya sea por fuerzas internas (Europa) o fuerzas externas (América, Asia y África). No tiene que ver con el azar, con factores deterministas o con la marcha inevitable de la

1 Este planteamiento unilineal del desarrollo histórico se debe a que estaba en boga una concepción evolucionista partiendo de Lamarck y que se consolida con Darwin, ella se extrapoló a lo social como ley única y absoluta.

2 No cabe duda que los marxistas rusos patentizaron este modelo que se transformó en justificación del racismo, colonialismo y única vía para acceder al socialismo.

historia al estilo hegeliano. Cualquier modelo de sociedad solo se justifica como representación simplificada del movimiento real. Entonces la historia como tal es producto de seres humanos en interacción. Se observa el renombrado historicismo de Marx; es decir, ver en todos los fenómenos sociales el resultado de procesos históricos transitorios susceptibles de transformación. Para Marx:

¡La historia nada hace, «no posee ninguna riqueza», «no libra ninguna lucha»! Es, por el contrario, el hombre, el hombre vivo, real, el que hace todo eso, el que todo lo posee y libra todas las luchas, no es la historia, por ventura, la que usa al hombre en cuanto medio para alcanzar sus fines, cual si fuese una persona determinada, sino que ella no es ninguna otra cosa que no sea la actividad del hombre que persigue sus propios objetivos (Marx, 1978a: 105).

Es por ello que Marx, apegado al materialismo, plantea que nuestra conciencia es creada por nuestra vida, nuestra praxis, nuestras relaciones sociales, es decir, nuestro ser social. Este ser social enfrenta condiciones de reproducción de la vida material en las que las fuerzas productivas entran en contradicción con las relaciones de producción, abriendo así una época de transformaciones que trastocan la base económica y con ella todo el andamiaje superestructural. Ello se deba a que es la sociedad la que engendra las condiciones necesarias para su propia liberación y es en esta resolución de la contradicción que las sociedades han pasado por distintos modos de producción.

En líneas generales, Marx expone su concepción histórica de las sociedades partiendo de las condiciones materiales de existencia. La historia la hacen los hombres en sociedad y en relación con su medio ambiente, por tanto, el modo de producción es una forma de manifestar su vida y reproducirla. En este sentido, lo que son los seres humanos está determinado por la forma cómo se han organizado para producir y esto, a la vez, ha moldeado su conciencia (los seres humanos son producto de sus circunstancias). Esto no quiere decir que el hombre esté preso de las condiciones que moldean su conciencia y su vida, pues, como dijo Marx en la tesis número tres

sobre Feuerbach, los hombres pueden modificar las circunstancias con su *práctica revolucionaria*.

En este sentido, las contradicciones del mundo material no se resuelven a través del espíritu absoluto (la idea) como plantea Hegel. Pensar así, conlleva a ver un mundo inmóvil sin secuencia; por el contrario, la contradicción es resuelta y superada en el mundo material garantizando una dinámica de cambios.

La producción de las ideas y la conciencia están entrelazadas con la actividad material. Por tanto, la conciencia es la emanación del comportamiento material de los hombres. No se debe partir de lo que los hombres dicen, se imaginan, ni de lo representado o imaginado; para llegar al hombre de carne y hueso se debe partir del hombre que realmente actúa, que es arrancado de su vida material (Marx, 1978b:21). Pero no cabe duda de que las representaciones y simbolismos influyan, en momentos particulares, sobre la vida material y la moldean y delimitan.

En la sociedad moderna, los hombres parecieran entrar en una relación libre e independiente, pero Marx nos dice que esto es solo válido para aquellos que se encuentran en el mundo de las apariencias reflejadas por lo social. Es evidente que toda sociedad produce opacidades que permiten la justificación del status quo. El Estado capitalista entra en contradicción con sectores de la sociedad civil, pues ejerce un poder del vértice a la base. De acuerdo con esta realidad, para Marx se vislumbra la posibilidad del cambio o transformación, al considerar al Estado —igual que Hegel— como un producto de la historia, no en el sentido de realización de la idea, sino como producto de los seres humanos en convivencia social y, por tanto, susceptible de transformación.

4. El método dialéctico del marxismo crítico

Este método (diferente a la escatología Soviética o dogmática), no puede compararse con la aplicación de lo que se ha denominado marxismo-leninismo. Por el contrario, para Marx la crítica es su método y le da verdadero sentido a la ciencia. En los Anales Franco-Alemanes nos dice:

La crítica no es una pasión de la cabeza, sino la cabeza de la pasión. No se trata del bisturí anatómico, sino de un arma. Su objeto es el enemigo, al que no trata de refutar, sino de destruir, porque el espíritu de aquellas condiciones de vida ya se ha refutado. Esa crítica no se comporta como un fin en sí, sino como un medio. Su sentimiento esencial es la indignación, su tarea esencial, la denuncia (Marx, 1970:104).

Por lo tanto, la ciencia en este caso se reduce a la denuncia, al desenmascaramiento; muestra que hay una actividad encubridora, que en determinadas partes de la sociedad existe una fuente de apariencias que mantiene turbia la visión de la realidad y no deja entender el movimiento dialéctico de la sociedad. Lo principal es despojar a las cosas de las apariencias para llegar a su esencia. Para Luis Vargas (1990:7):

El marxismo se queda en la superficie de los fenómenos, si se asusta del señalamiento de que es una crítica destructiva. Esta acusación hace efecto en algunos espíritus pusilánimes, que optan por actuar 'constructivamente', con ánimo 'positivo', esto es, en el terreno de las apariencias y la alienación. Pero, la crítica constructiva termina como cómplice de lo establecido, como juguete de las condiciones imperantes, huye temerosa de los cambios radicales y, por lo tanto, no le ofrece alternativas a los movimientos sociales que le dan vida a la lucha.

Marx no puede ser entendido bajo las limitaciones del método científico metafísico-positivista de las ciencias naturales, enraizado desde el siglo XVIII en todos los círculos intelectuales. Esta ciencia, como plantea Foucault (1978 y 2000), es una manifestación del poder que justifica las apariencias y encubre la realidad, de lo que Marx se aleja de manera radical. Para él la ciencia es autodestructiva, pues al eliminar la brecha entre esencia y apariencia se suprime a sí misma y se produce todo un develamiento del acto ideológico que impide ver la realidad de los aspectos sociales tal como se manifiestan. Esto nos lleva a una inevitable presunción: en Marx hay una ruptura epistemológica con la pretendida objetividad y neutralidad de las ciencias sociales.

Su método es conducente hacia la transformación³ social y está concatenado con la crítica de las condiciones materiales engendradas por el capitalismo, sociedad que analiza en todas sus dimensiones. Esta transformación ha sido manipulada tanto por sus detractores como por sus apologistas y exegetas. Marx no pretendía un plan para el futuro ni perfilar una sociedad con características predeterminadas. Solo a raíz de un análisis del capitalismo, conceptualizó, sobre la base de la realidad, la posibilidad cierta de construir un modelo social nuevo, pero que iba a ser producto de las múltiples determinaciones de lo real.

El método de Marx es desenmascarador de las apariencias que justifican la deshumanización del hombre como consecuencia de la alienación y explotación que ejerce la sociedad capitalista para emanciparse⁴ de esta situación y construir conscientemente una sociedad diferente. La ciencia empírica ha vaciado de contenido el estudio de lo social, ya que enuncia una serie de hipótesis controlables por medio de una experiencia, con la cual se pueden establecer leyes sociales. La dialéctica rechaza todo intento restrictivo del concepto de ley que solo pueden formularse cuando develamos las particularidades del movimiento de lo real. De este modo, se complementa un conocimiento con pertinencia práctica en el camino de la emancipación.

5. ¿Muerte del marxismo o su resurgir teórico-práctico?

Los posmodernos han criticado hasta la saciedad los metarrelatos, entre ellos el marxismo. No obstante, ¿hasta qué punto el marxismo puede entenderse como una teoría universal de la evolución de las sociedades? Ya ha sido refutada esta posibilidad con palabras de Marx. Aunque es innegable la carga eurocéntrica, de-

3 Marx, en las “Tesis sobre Feuerbach” (1845), hace la afirmación ya clásica según la cual “Los filósofos se han encargado de interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo”.

4 No existe un sujeto histórico de transformación por definición que, inevitablemente, en algún momento se va a liberar; se trata de un proceso constructivo de las condiciones de conciencia que lo comprometan con un cambio.

terminista y evolucionista de algunos escritos, no es posible caer en el simplismo de desarmar toda una teoría partiendo de frases o planteamientos que, muchas veces, fueron utilizados para facilitar el ordenamiento del material histórico, pero en ningún momento representan una receta que sirva para analizar todas las sociedades del mundo.

En la actualidad asistimos a toda una serie de postulados que critican el proyecto moderno, incluido el marxismo; pero es de preguntarse de veras si la sociedad transita hacia lo posmoderno. La modernidad que está cansada parece ser aquella que justificó el capitalismo, el liberalismo, la industrialización, el consumo voraz. Hoy se afirma que el Estado debe ser un no Estado, es decir, que abra el camino de las fuerzas dinamizadoras de la sociedad; pero esto implica dejarlo a la deriva de las determinaciones reguladoras del mercado. Todo esto no es más que un reacomodo del capitalismo que sigue marcando la explotación, opresión y miserias sociales en todo el mundo por lo que el marxismo, como teoría de la superación de las contradicciones de clases, sigue tan vigente como en el siglo XIX.

Es necesario re-actualizar el marxismo, re-adaptarlo a las nuevas situaciones, porque aplicarlo tal como un dogma incuestionable no sirve de mucho. Es imposible entregarse al sueño profundo de los posmodernos, un mundo sin esperanzas, sin sujeto histórico, donde todo vale. Esto puede ser muy peligroso, pues puede conducir a la autodestrucción social. Al igual que los posmodernos, no hay que creer que las sociedades hayan avanzado irremediabilmente hacia el progreso y bienestar social tan promocionado por la modernidad, pero ello no implica que no sigamos pensando, soñando y propugnado en la práctica una sociedad más humana y con menos miseria.

En este sentido, desde principios del siglo XX han resurgido infinidad de teorías con planteamientos novedosos que sintonizan al marxismo con las nuevas situaciones. Una de esas teorías es la que sustrae al marxismo de su letargo economicista. Ésta le da un puesto primordial al hecho de que lo económico es producto de se-

res humanos interactuantes con pensamientos e ideas muchas veces contrapuestas; por la tanto, el valor que adquiere el mercado no puede ser externo a ellos. Debido a esto, el estado, los sistemas jurídicos, el mercado o la política no tienen una vida objetiva independiente de los hombres que la crean. En tal sentido, la inevitabilidad del comunismo como consecuencia lógica y racional del transcurrir histórico queda sujeta a la acción humana que, asumiendo una accionar práctico consciente, trastoca todo el sistema.

Por ello es importante una crítica concienzuda a los determinismos y fatalismos mecanicistas que postulan algunas tendencias del marxismo, para no caer en la idea de ineluctables desarrollos históricos que conducen irremediablemente a una sociedad sin clases. Son los excluidos los que deberían llevar a cabo la revolución social y para ello es necesario que estén conscientes de la situación en la que viven. Es la única forma de construir una referencia contrahegemónica que se enfrente al poder ejercido por la elite dominante. La dominación no es solo la ejercida por los aparatos coercitivos de los Estados. Es una dominación más sutil y efectiva que la violencia. La dominación no es tan solo económica, también se aloja en la superestructura y desde allí baja, peldaño a peldaño, para producir en la sociedad aletargamiento y resignación ante las fatalidades del capitalismo.

Los oprimidos necesitan desarrollar una teoría revolucionaria, producir conocimiento alternativo que contrarreste el arsenal ideológico de los intelectuales orgánicos al servicio de la dominación, y los conduzca hacia su liberación. Por ello, pensar que la revolución proletaria que habría de liberar a la humanidad de la opresión capitalista es inevitable, es centrarse en el plano de los determinismos mecanicista y en la marcha unilineal de la historia. El pensamiento liberador debe caminar irremediablemente al lado de las fuerzas sociales y económicas, pues es la forma en que la teoría se transforma en arma y práctica revolucionaria.

Los obreros no son sujetos revolucionarios por definición. Al igual que cualquier otro sector, deben construir su conciencia social para producir los cambios. En el siglo XXI, los excluidos de

todo tipo son potenciales candidatos a oponerse al capitalismo que los excluye y los trata como otra mercancía que se vende en el mercado. Existe una gama innumerable de movimientos sociales que buscan reivindicaciones, sin embargo, se mantienen en campos aislados y no se han podido conjugar para darle sentido colectivo a las luchas por la liberación. El discurso universal del proletariado ha sido sustituido por una polifonía de voces ecologistas, indígenas, afrodescendientes, intelectuales, amas de casas, homosexuales, prostitutas, niños, campesinos, emigrantes, entre otros (Ritzer, 1999:577). Esta insurgencia de múltiples agentes cuestionadores del sistema corrobora que el proletariado ya no es el único portador del “estandarte” revolucionario. Las sociedades han tomado otros matices y el antagonismo entre las dos clases (obrero y burguesa) estudiadas por Marx no es tan cerrado como en el siglo XIX. Ahora se debe buscar la unidad del mayor número de luchas democráticas: anticapitalista, antiexplotación, antirracistas, antisexistas, antihegemonía, anticontaminación y antiglobalización. La articulación de las luchas democráticas pareciera el camino para la transformación social en el mundo contemporáneo (Ritzer, 1999).

Los re-acomodos del capitalismo han generado una dinámica social que ha llevado a los marxistas a re-considerar y re-construir la teoría. Se asumen enfoques menos dogmáticos con lo cual se puede trabajar lo histórico atendiendo lo sincrónico. En esta perspectiva se analiza la explotación, el sistema de dominación, las clases sociales, pero también los nuevos movimientos sociales, pues se sigue pensando en la acción colectiva para transformar la sociedad.

6. América: posibilidades de cambio

En América del Sur, el contrapoder debe privilegiar una visión de la historia que tome en cuenta los múltiples enfoques renovados que, desde una perspectiva de los excluidos, están naciendo. La perspectiva eurocéntrica de cualquier índole debe ser criticada, pues justifica los intereses de los países hegemónicos.

Es necesario reivindicar la concepción multilineal de la historia, según la cual existe multiplicidad de hechos culturales en las diferentes sociedades, con respuestas particulares, propias, frente a una misma situación o problema. No se deben encajonar a las sociedades dentro de la concepción unilineal del proceso histórico. Por el contrario, se debe construir un método para analizar lo diverso, la diferencia, lo múltiple, lo discontinuo. Invocar la pluralidad, la diferencia, la heterogeneidad y la hibridación, como forma de reconocimiento de la alteridad presente en el mundo. Por consiguiente, las lecturas de nuestra realidad no se deben hacer a partir de las definiciones y conceptualizaciones etnocéntricas de Europa Occidental y sus ramificaciones (como EE.UU. y Canadá, por ejemplo). Se requiere de un cambio de rumbo en el cual la periferia difunda sus estudios y se consideren tan válidos como los del resto del mundo. La ciencia debe servir para resolver problemas de manera democrática y no para envanecerse de ella con erudiciones sectarias y aisladas de los complejos sociales.

Desde la dominación etnocéntrica se han vendido el neoliberalismo y la globalización como la panacea que salvaría a América del Sur de la debacle, pero se han ocultado los fracasos de ese modelo en otros países, pues la globalización es el medio utilizado por los grandes conglomerados financieros para expandir su capital y generar ganancias en perjuicio de otros países. Para ello necesitan de la privatización de empresas en países como Venezuela, que permita la adquisición de nuevos mercados, derribar barreras arancelarias, minimizar las reivindicaciones laborales y hasta cuestionar las fronteras y las nacionalidades donde sea necesario, con el fin de beneficiar las megacorporaciones. Este tipo de expansión sólo será derrotada en la medida que se ganen espacios democráticos para la discusión y la práctica de propuestas alternativas al actual modelo socioeconómico.

Las contradicciones generadas por el capitalismo neoliberal en el ámbito mundial no pueden ser superadas bajo la dinámica de su lógica depredadora y desigual. Hoy, más que nunca, se hace necesaria una alternativa humanizadora que devuelva al hombre su papel creador, colectivo y humanitario. Solo así la tecnología y la

producción estarán al servicio de las mayorías.

La confrontación se plantea entre quienes postulan la justicia social, la democracia y quienes practican el fascismo y la aniquilación del otro; entre quienes creen en el acceso colectivo a la educación y a la salud, en la rentabilidad de los recursos mineros para la re-inversión social, y aquellos que pretenden privatizar todo para beneficiarse en forma individual.

Los ciudadanos organizados deben exigir control y fiscalización de los recursos, para que las transformaciones llevadas a cabo no conlleven a la burocracia precedente, por ejemplo, pues prácticas del poder y de la administración pública como el clientelismo, la partidocracia, la malversación de fondos, la corrupción y la centralización del poder, se reproducen con facilidad. La reestructuración debe ser horizontal, de puertas abiertas a la sociedad para que participe con propuestas y tenga la oportunidad de decidir el rumbo que debe tomar la economía.

7. Conclusión

No es suficiente con “la revolución discursiva” expuesta por líderes de la izquierda, así como historiadores y analistas de lo político, pues las revoluciones no surgen como consecuencia de decretos. La revolución no es un axioma mecánico, sino un proceso de incesante construcción de condiciones que generen mayor justicia social, participación democrática y modelos alternativos de producción y distribución. Supera la toma del poder económico y político y se concreta en el pueblo organizándose para edificar vías opcionales a las relaciones de producción existentes, a la división del trabajo, a la explotación, a la miseria, a los medios de comunicación consumistas, a la cultura negadora de la diversidad. Entonces el poder central no es para afianzarlo sino para destruirlo. Ese camino ya se comienza a delinear y a definir verdaderamente, ya que los ciudadanos toman la calle para asumir el liderazgo colectivo con propuestas, exigencias y decisiones, es decir, lo que hoy se conoce como democracia directa.

La revolución en la que se puede creer está en la calle y exige la socialización de los medios de producción, mayor justicia social, equidad en la distribución de los ingresos nacionales, planes sociales para salir de la miseria y, sobre todo, se organiza para presionar, para que existan transformaciones reales y no recursos discursivos. En el pensamiento, en las ideas, en los sueños de muchas personas pobres y de clase media, está creciendo la iniciativa por concretar una sociedad alternativa. Creemos firmemente que a través de las organizaciones populares se debe presionar para enrumbar los cambios económicos y sociales. Lo importante está en encaminar una política socio-económica que represente mayor empleo, seguridad social, justicia y oportunidades en igualdad de condiciones para todos. Por otro lado, hay que fortalecer los canales de participación democrática en las decisiones importantes de la nación. Promover la autogestión como forma de organización que permita que los ciudadanos estén en la calle, proponiendo, decidiendo y actuando. Un cambio de conciencia radical, para ello hay que intervenir en todos los espacios del quehacer social: lo educativo, la salud, lo comunicacional, lo cultural, la producción, la distribución, lo tecnológico; todo esto debe estar al servicio de lo colectivo y no para generar riqueza desigual.

Referencias

- FOUCAULT, Michel (1978). *Microfísica del poder*. Madrid. La Piqueta.
- FOUCAULT, Michel (2000). *Un diálogo sobre el poder*. Madrid. Alianza.
- MARX, Carlos y ENGELS, Federico (1978a). *La sagrada familia. La situación de la clase obrera en Inglaterra*. México. Grijalbo.
- MARX, Carlos (1970). *Los anales franco-alemanes*. Barcelona. Martínez Roca.
- MARX, Carlos (1980a). *El porvenir de la comuna rural rusa*. México. Cuadernos de pasado y Presente.
- MARX, Carlos (1989). *Contribución a la crítica de la Economía Política*. Moscú. Progreso.

ALARCÓN PUENTES, Johnny

MARX, Carlos y ENGELS, Federico (1978b). *Obras escogidas*. Moscú. Progreso.

MARX, Carlos (1975). *Formas de propiedad precapitalistas*. México. Cultura Popular.

MARX, Carlos (1979). *Sobre el colonialismo*. México. Cuadernos de pasado y Presente.

RITZER, George (1999). *Teoría sociológica contemporánea*. Madrid. McGraw Hill.

VARGAS, Luis (1990). *La idea de ciencia en Marx*. Caracas. Vadell Hermanos.